

ya citada insolencia y lascivia no se muestra en ningún otro animal en tan horrorosa forma como en este. Quiero decir, que la enormidad de sus pasiones empieza a mostrarse con la lascivia. Los machos no codician solamente a las hembras de su clase, sino también a todos los mamíferos del sexo femenino. Todos los observadores nos afirman que roban a veces muchachas ó, a lo menos, las acometen y maltratan. Mas de cien veces he notado que saben distinguir a los hombres de las mujeres, y también que pueden molestar mucho a estas, con su impudencia y desvergüenza. A los machos se les ve siempre en estado de celo; a las hembras tan solo en cierta época, acaso todos los meses. El celo se muestra exteriormente de un modo en extremo repugnante; las partes genitales se hinchan mucho, y toman un color rubicundo, como si las regiones isquáticas hubieran sido atacadas de alguna grave enfermedad. Según he observado, el tiempo del celo dura en las hembras de los cinocéfalos, al menos en lo que se ha podido ver, de 15 a 20 días. Empieza por inflamarse marcadamente la vulva, la hinchazón se extiende poco a poco por toda la región del ano, y las callosidades se dilatan como dos vejigas. Al propio tiempo toman un color de carne viva muy subido como si estuviesen inflamadas, por lo que toda aquella región presenta un aspecto verdaderamente asqueroso. Pasados ocho días, poco más ó menos, disminuye la hinchazón de las vejigas, las cuales se van arrugando poco a poco, hasta que desaparece al cabo del citado tiempo. Al principio del celo las hembras buscan tanto a los machos, como estos durante todo el año las buscan a ellas. Si bien los cinocéfalos se propagan en cautividad, no se sabe aun a punto fijo la duración de la preñez.

UTILIDADES.—Algun provecho, aunque poco, se saca de los cinocéfalos. Bastante inteligentes, aprenden toda clase de juegos.

En el Cabo servían, según se dice, para buscar el agua en los terrenos secos. Los cinocéfalos son los mejores buscadores de agua que existen, según aseguran viajeros fidedignos. Por eso se les mantiene muchas veces en estado doméstico, y se les lleva a las regiones pobres en agua, en las cuales los mismos hotentotes no saben procurarse, sino gota a gota, el más importante de todos los elementos. Si la provisión de agua se acaba, se da de comer al cinocéfalo algo salado. Pasadas algunas horas, se le ata con una larga cuerda y se le deja correr por el campo. El animal, atormentado por la sed, se vuelve a uno y otro lado, ya avanza, ya retrocede, ora olfatea el aire, ya arranca las plantas para examinarlas, concluyendo por descubrir el apetecido manantial; otras veces corre en una dirección fija y se para en un sitio determinado para indicar que allí existe agua debajo de la tierra. En las fábulas y cuentos de los árabes, los cinocéfalos representan un papel importante. Son los monos más conocidos de los historiadores, porque existen en el Yemen; y también los que en mayor número han sido llevados al Egipto y a la Siria; a ellos principalmente se refiere la aserción del profeta y de sus amigos, a quienes Allah, en su cólera, ha transformado en monos. El jeque Kemal Edin Demiri, que murió el año 1405 de nuestra era, y escribió una importante obra con el título de *Hías el Heivan* (Vida de los animales), y no por orden de un alto protector, sino para hacer desaparecer la grande ignorancia de los hombres respecto a todo lo que se refiere a animales, cuenta como hijo fiel de su pueblo, la historia, sin atreverse a criticarla. La ciudad se llamaba Aila y estaba situada junto al Mar Rojo; sus habitantes, como se puede comprender, eran judíos, gente tan poco apreciable a los ojos de los mahometanos como a los de los instruidos é imparciales europeos, de los alemanes sobre todo. La causa de dicha transformación fué un gran pecado cometido por los

judíos; pues habiéndose dedicado un sábado a pescar, profanaron el día de fiesta. Varios habitantes, sabios y piadosos, de Aila, intentaron impedir el delito, pero viendo la inutilidad de sus esfuerzos, abandonaron por fin la ciudad llevando las caras cubiertas. Tres días después volvieron, y, hallando cerradas las puertas, subieron a las murallas; al llegar al interior de la ciudad, se vieron rodeados de babuinos, varios de los cuales se acercaron a ellos con miradas tristes y suplicantes, haciéndoles caricias. Ocurrió entonces a uno de aquellos hombres piadosos la idea de que los monos pudiesen ser sus parientes, y preguntó a uno de estos: «Dime, babuino, ¿eres acaso mi primo hermano Ibrahim ó Ajmed ó Muza?» Contestaron los animales con una triste inclinación de cabeza. Esto probó que Dios les había infligido un terrible castigo.

El jeque Demiri, muy prudente por lo demás, a lo menos tanto cuanto puede serlo un hombre que cree las cosas al pie de la letra, dice que debe darse crédito a esta historia, si bien se podría probar que los babuinos han existido antes que los judíos. Después de esta introducción habla de los mismos animales y los describe de una manera que deja poco que desear. «Estos animales, dice, se asemejan mucho al hombre en su ser y en sus ademanes; rien, se alegran, se sientan, se rascan con las uñas, ofrecen las cosas con la mano, tienen dedos sin membranas interdigitales y uñas como los hombres, poseen la facultad de imitar y aprender y se hacen sin dificultad amigos de los hombres. Andan ordinariamente a cuatro patas, pero pueden andar solo con las posteriores.

»Sus párpados inferiores tienen pestañas, y estas no se encuentran, por lo general, sino en los hombres. Si caen al agua, se ahogan como un hombre que no sabe nadar. Las hembras llevan también sus pequeños en brazos como las mujeres. Viven en monogamia y son celosos de sus mujeres, cualidades que distinguen asimismo al género humano. No se puede dudar que poseen voluntad propia, lo que se demuestra por la facilidad con que aprenden lo que no es propio de su naturaleza.»

EL CINOCÉFALO NEGRO—CYNOCEPHALUS NIGER

CARACTÉRES.—Muchos naturalistas lo clasifican entre los cinocéfalos, pero otros le consideran como macaco, lo cual consiste en que si sus costumbres se asemejan a las de estos monos, su forma difiere notablemente. En cuanto a mí, desde que he visto al cinocéfalo negro vivo, participo en un todo de la opinión de Cuvier, que fué quien primero le clasificó entre los cinocéfalos.

No se puede desconocer que por muchos conceptos son semejantes a los macacos; pero me parece que las cualidades del cinocéfalo predominan en ellos. Puede considerarse como uno de estos séres intermedios que tienen caracteres de dos géneros. El que le considera como macaco, no puede ser acusado de error; el que le cuenta entre los cinocéfalos, no está lejos de la verdad. Este mono se distingue de los otros cinocéfalos por su cola pequeña y la forma de su hocico ancho, aplastado y corto; la nariz es tan deprimida que no sobresale del labio superior. Este mono pasa por eso a los ojos de varios naturalistas como tipo de un género distinto de los cinocéfalos, en sentido más concreto, *Cinopithecus*, y se llama por eso también *Cinopithecus niger* ó *Cinopithecus malaianus*. La cara y las posaderas están desnudas de pelo: todas las otras partes cubiertas de un largo y lanoso pelaje, el cual, más corto en las extremidades, se extiende sobre la cabeza, formando un moño. El color del pelo es negro oscuro, lo

mismo que el de la piel de la cara. El ano es rojo. En altura cede el cinocéfalo negro a todos sus congéneres. La longitud del cuerpo es de 0^m,65, la de la cola apenas de 0^m,03 (fig. 56).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA Y RESIDENCIA.—El cinocéfalo negro abunda mucho en diversas islas del mar de las Indias, en las Célebes, en el archipiélago Filipino y en el de las Molucas; pero yo no sé nada aun acerca de su género de vida en estado libre. Este mono es el insolente enano de que hablé en otro lugar, presentándole como el verdugo del budeng. Ya hemos visto que por sus costumbres se asemeja completamente a los cinocéfalos ordinarios.

DOMESTICIDAD.—Con frecuencia se ha traído a Europa este mono, sufriendo bastante bien el cautiverio.

El que yo he visto en el jardín zoológico de Amsterdam, parecía estar muy bueno: durante el día, poníanle con los cercopitecos destinados a divertir al público en sus grandes jaulas.

Nada casi tengo que añadir a lo que he dicho antes acerca de sus costumbres: el despótico y lujurioso cinocéfalo negro habría tiranizado a los cercopitecos lo mismo que a los pobres budengs, si aquellos monos tan ágiles y ligeros no se le hubieran escapado siempre a tiempo. Vivía en muy buena inteligencia con los macacos; había trabado estrecha amistad con un babuino hembra, a la cual dispensaba muchas atenciones, y ella en cambio le permitía cazar los parásitos que se alojaban en su pelaje. A menudo se le ve sentado con las piernas cruzadas y apoyando en ellas los brazos: permanece con frecuencia varios minutos en tal posición; tiene cierto aire de vicioso y parece que combina en su cerebro alguna jugarreta ó diablura.

Según dice Broekmann, ningún mono es tan útil para los teatros ambulantes como el cinocéfalo negro. Aprende con muchísima facilidad, retiene lo aprendido y trabaja con mucho gusto. A pesar de que escasea tanto y de su crecido precio, le encontraríamos a menudo en escena si no se muriera tan fácilmente.

EL BABUINO—CYNOCEPHALUS BABUIN

CARACTÉRES.—El babuino (fig. 57) no se puede confundir con sus congéneres ya descritos, ni con el hamadrias, pero sí con otros cinocéfalos, y sobre todo con el *Tchacma* (*Cynocephalus porcarius*) (fig. 58) ó con la esfinge (*Cynocephalus sphinx*) (fig. 59) el primero de los cuales habita en el Cabo y el otro en el oeste del Africa. Ambos se parecen mucho al babuino. El pelaje de este es igual y largo por todo el cuerpo, en las partes superiores es de color verde aceitunado, tirando un poco al amarillo; cada pelo tiene anillos negruzcos y amarillos; en las partes inferiores es más claro y en las mejillas blanquizco amarillo. La cara y las orejas tienen un matiz negruzco gris de plomo; los párpados superiores son blanquecinos; las manos pardo grises, y los ojos pardo claros. Muchos adultos tienen la longitud de 1^m,50, incluso la cola, que es de 1 metro de largo; la altura hasta la cruz es de 0^m,65 a 0^m,70. El *tchacma* es mucho más grande, de estructura más robusta y de color más oscuro. La esfinge es más pequeña, pero mucho más robusta; su hocico más corto y con gruesos pómulos. El pelaje es pardo rojizo, con una pequeña sombra de verde aceitunado; los pelos tienen anillos de color negruzco gris y pardo rojizo. En cuanto a sus costumbres, no hay casi diferencia; por eso hablaré primero del babuino que conozco.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA Y RESIDENCIA.—El babuino habita poco más ó menos los mismos países que el hamadrias, pero penetra más en el interior de Africa. La Abisinia, el Kordofan y otras regiones del Africa central son su verdadera patria.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Hartmann no me ha podido dar sobre la vida en libertad de este mono, sino las noticias siguientes: «En el Djebel Gali es el babuino bastante numeroso; allí y en las cercanas llanuras del Rhetam, encuentra raíces de lirio, frutos de higuera, tamarindo, granos del Cisso; vive sin que le molesten, a no ser que algún leopardo llegue de vez en cuando a sus montañas y perturbe su tranquilidad, comiéndose algunos de sus hermanos. Los indígenas no hacen comunmente mucho caso de él, si bien alguna que otra vez cogen un mono joven y le domestican. Estos babuinos, sin embargo, parecen molestar a los fungies en algunas ocasiones, es decir, cuando van a buscar agua. Los babuinos descienden de las montañas a las llanuras y beben en las charcas formadas por el agua de las lluvias. Los fungies aseguran con mucha formalidad, que sus muchachas son atacadas y maltratadas no pocas veces por los babuinos viejos.

»Afortunadamente la desproporción que existe entre las partes genitales del mono y las de la mujer, evita males mayores, y los monos no pueden satisfacer por completo sus lascivos deseos; los mismos fungies lo afirman, pero de todos modos, el impudente animal sujeta a las muchachas muy jóvenes, las muerde, las araña, y algunas veces las estrangula. Por eso cuando van las muchachas medio adultas a buscar agua, siempre las acompañan varios jóvenes, armados de lanzas y hondas para protegerlas.

»Nosotros nos hemos divertido siempre en mirar y observar a estos babuinos, que en fila uno detrás de otro, andan por los escabrosos peñascos de granito ó juegan entre los árboles de la montaña. En cada manada vimos individuos viejos y corpulentos. Nunca pudimos darles caza, porque se retiraban a tiempo, siempre que queríamos acercarnos a ellos. En cambio cogimos vivo un babuino pequeño de esta especie, en el cual hallamos confirmadas todas las observaciones que sobre este mono ha publicado usted.»

En sus movimientos y en sus posturas, el babuino se asemeja del todo a los otros cinocéfalos; su inteligencia, empero, le distingue de ellos ventajosamente. Es un animal muy astuto, y cogido en su juventud, se acostumbra muy fácilmente al hombre; se deja enseñar, sin trabajo, toda clase de juegos de manos y es muy fiel a su amo, aun cuando se le maltrate. La hembra es más dócil y amable que el macho; el cual muestra muchas veces su malignidad y sus malas costumbres, mientras que aquella es más familiar y afable.

El primer babuino que yo tuve en mi poder recibió el nombre de *Perro*, y era un monito muy alegre, que al cabo de tres días se familiarizó completamente conmigo. Yo le conferí el cargo de portero, atándole junto a nuestra puerta cochera, y una vez acomodado en su puesto, guardó la entrada con una vigilancia sin igual, hasta el punto de que solo yo y las personas que conocía podíamos penetrar en la casa; si se presentaba algún extraño, plantábase delante y se revolvía de tal modo, que era preciso sujetarle para dejar el paso libre, pues de lo contrario, se habría precipitado sobre cualquiera como un perro furioso. Cuando estaba irritado, levantaba la cola apoyándose sobre tres patas, sirviéndose de la cuarta para golpear el suelo, como lo hace sobre una mesa el hombre dominado de la ira, con la diferencia de que el mono no cierra la mano para pegar. Con los ojos animados por la cólera, lanzaba un grito agudo y se precipitaba rabioso contra su adversario. Muchas veces se convertía en un verdadero hipócrita, aparentaba cierto aire de dulzura haciendo con la boca un ruido semejante al que producen los labios al dar un beso, lo cual indicaba siempre una prueba de amistad, y después tendía los brazos hacia la persona que quería coger. Cediendo esta a su ruego, le alargaba la mano, y entonces el

mono se apoderaba de ella rápidamente, la atraía hacia sí, la mordía y la arañaba. A excepción de dos avestruces que teníamos, vivía en paz con todos nuestros animales domésticos, si bien hay que confesar que aquellos tenían la culpa de que el mono no fuese amigo suyo. Cuando ya no le ocupaban sus funciones de guardián, sentábase el mono tranquilamente sobre la puerta, cubierta la cabeza con un ruedo que la pre-

servaba del sol, y la cola pendiente, sucediendo á veces que los avestruces, acostumbrados á picar todos los objetos colgantes, se ensañaban á menudo con la cola del mono antes que este pudiera sospechar el ataque. Tirar el ruedo, lanzar un grito, coger entre sus dos manos la cabeza del ave culpable y sacudirla rudamente, era para Perro negocio de un minuto; pero algunas veces le duraba la rabia mas de un cuarto



Fig. 61.—EL MANDRIL

de hora. No era pues de extrañar que pegase á los avestruces siempre que se ponían á su alcance.

Durante nuestra travesía de regreso á Egipto, Perro, que supo granjearse el cariño de toda la tripulación, fué atado á un extremo del barco, y observé que temía mucho al agua, pero no le faltaba la necesaria inteligencia para acercarse á ella cuando le acosaba la sed, sin exponerse al menor peligro. Probaba primero la solidez de su cuerda, descendiendo luego por ella hasta hallarse á poca distancia de la superficie del agua, en la cual sumergía sus patas traseras, lamiéndolas después para apagar la sed.

Aquel mono era muy aficionado á los animales jóvenes: al entrar en Alejandría, lo atamos al carro que llevaba nuestros equipajes, pero la cuerda era bastante larga para que pudiese bajar cuando le acomodase. A un lado del camino vió el animal una perra que daba de mamar á sus cachorros, y en un abrir y cerrar de ojos, saltó al suelo y le quitó uno de ellos. Furiosa la madre al ver tan atrevido raptor, precipitóse sobre el mono, y este hubo de recurrir á todas sus fuerzas para resistir el ataque. No le era del todo fácil defenderse, porque el carro seguía avanzando siempre, ni podía tampoco trepar sin exponerse á ser mordido; estrechaba al cachorro contra

su pecho con uno de sus brazos delanteros, tirando al mismo tiempo de la cuerda para que no le ahogase; corría con sus dos piernas traseras, y defendiase vigorosamente de los ataques de su enemiga. Su valor le valió un aplauso de los árabes, que en vez de quitarle el pequeño, ahuyentaron á la perra. El mono pudo ya entonces llegar á nuestro domicilio sin otro entorpecimiento, muy contento con su perro, al que acariciaba cariñosamente. Saltaba con él sobre las paredes y las vigas, dejándole en las posiciones mas peligrosas; volviale á coger, y permitíase juegos, que si bien divertidos para un mono, no podían ser del agrado de aquel pobre animal. La sincera amistad que le demostraba no le impedía comerse la ración que se le destinaba, rechazando suavemente con la mano al pobre hambriento; así es que en el mismo día mandé que se lo quitasen y lo devolvieran á su madre. El mono se afectó de tal manera, que estuvo muchos días triste y se vengó haciendo toda clase de diabluras.

Durante mi segunda permanencia en el Sudan oriental, tenía yo en el patio un gran número de cinocéfalos de la misma especie, unos míos y otros de mis amigos, siendo de notar que cada uno de aquellos reconocía á su amo y contestaba al nombre que se le había puesto. Conseguíamos ense-

ñar fácilmente estas dos cosas á cualquier mono, por el procedimiento siguiente. Conducido el individuo que tratábamos de educar al interior de nuestra habitación, y seguros de que no podía escaparse, uno de nosotros cogía un látigo y amenazaba pegar al mono, mientras que el otro, aparentando ser su defensor, hacía expresivos ademanes para protegerle. Rara vez era necesario pegar á un cinocéfalo; comprendía la amenaza y sabía apreciar la protección que le dispensaba su amo en un peligro tan inminente. Era también muy fácil hacerle comprender el nombre que se le daba: pronunciábamos uno, y á todos aquellos que respondían á él y no que-

ríamos dárselo, se les pegaba. En esto consistía todo nuestro arte, y no era siempre necesario recurrir á las correcciones graves, pues la amenaza producía muchas veces mas efecto que los mismos golpes.

En la estación de las lluvias nos veíamos obligados con frecuencia á permanecer en casa, y sin contar lo fastidioso que era esto, la fiebre molestaba de vez en cuando á alguno de nosotros. En cuanto á mí, hallándome sin recursos á causa de haber sufrido grandes pérdidas, y siendo muy triste mi posición, encontré un gran consuelo en los monos en aquellas circunstancias; á todos nos distraían mucho, y hasta



Fig. 62.—EL DRIL

puedo decir que nos eran indispensables. Jugábamos con ellos, les obligábamos á ejecutar diversos ejercicios, hacíamos los experimentos mas extraordinarios, y así llegamos á conocer aquellos maravillosos seres. Hoy que trazo la historia de su vida, estos recuerdos tienen mucho atractivo para mí, porque me gusta pensar en las locuras que hacíamos con los cinocéfalos.

Nuestros monos recibieron lecciones de equitación: un asno muy gordo, propiedad de un griego mas gordo todavía, y seguramente mas insoportable, sirvió en aquellas circunstancias para nuestro objeto. Los monos temblaron de miedo cuando se les colocó por primera vez sobre la albarda del burro; pero una sola lección bastó para que apreciaran todas las ventajas de aquel arte, y después de algunos días de ensayos, tuvimos el gusto de ver á todos los monos mantenerse firmes, aunque con aire temeroso. Al asno, por su parte, no le halagaba mucho ser montado por aquellos grotescos jinetes, y en cuanto á los cinocéfalos, las manos les sirvieron de mucho en aquellas circunstancias. Les habíamos enseñado á sostenerse bien sobre el pobre burro, montando dos, tres y hasta cinco á un tiempo: el primero rodeaba ligeramente el cuello del cuadrúpedo con sus miembros anteriores, y con los posteriores se asia tan fuertemente á la piel del paciente animal, que parecía estar pegado á su lomo. El segundo cinocéfalo enlazaba con los brazos el cuerpo de su compañero, sirviéndose también de sus manos posteriores para conservar el equilibrio, y todos los demás jinetes hacían exactamente la misma operación. Imposible es imaginar un espectáculo mas extraño que el de aquellos cuatro ó cinco monos montados sobre el viejo burro, que con frecuencia se mostraba reacio, con sobrado motivo.

Todos aquellos cinocéfalos eran apasionados, así como los

indígenas, por una especie de cerveza que los habitantes del Sudan meridional preparan con los granos de la alcandía; embriagábanse muchas veces con aquel líquido, y entonces reconocí que los naturales no me habían engañado al explicarme cómo se apoderaban de los monos. Estos bebían también vino tinto, único que yo tenía, y rechazaban siempre el aguardiente; pero una vez les hicimos tragar el contenido de un vaso pequeño. El efecto fué tanto mas rápido cuanto que acababan de apurar varias dosis de cerveza de alcandía, de modo que se emborracharon completamente; hicieron los gestos mas horribles; mostráronse audaces, apasionados y brutales, y se nos presentaron, en una palabra, como verdaderas caricaturas de hombres beodos. Al día siguiente por la mañana, dejáronse sentir cruelmente las consecuencias inevitables de aquel abuso de licores. Los pobres cinocéfalos, aquejados por un fuerte dolor de cabeza, inspiraban verdadera compasión; se la oprimían entre las manos, exhalaban de tiempo en tiempo quejas muy expresivas y se negaron á tomar alimento, sin querer tocar á la cerveza ni aun al vino que tanto les gustaba. Eran sumamente aficionados á los limones muy jugosos, y á decir verdad, comianselos exactamente como pudiera hacerlo un hombre.

Vivían en muy buena inteligencia con los demás animales que yo tenía aprisionados: una leona domesticada de que hablaré mas adelante, tenía asustados á mis cercopitecos, mas no á los valientes cinocéfalos. Estos huían, sin embargo, cuando el terrible animal se acercaba á ellos, pero si la leona hacía ademán de atacar, defendíanse valerosamente. Este es un hecho que he podido observar con frecuencia: mis cinocéfalos domesticados, por ejemplo, huían ante los perros de caza que les echaba yo, mas apenas se atrevía á morder uno de estos últimos, revolvíanse y le obligaban á huir siempre.